amasaban enormes fortunas á costa del siniestro tráfico de sangre indígena?

Cotizábase ésta, por cabeza, á veinte y treinta pesos en los mercados del Valle Nacional y Yucatán.

El plan de los hacendados era bien sencillo, se vejaba al yaqui, se rebelaba éste, se le deportaba en seguida, y sus tierras pasaban á ser patrimonio de su verdugo.

Así se preparaba la destrucción y el aniquilamiento de la mejor raza indígena de la República, raza vigorosa y valiente que habría prestado inmensos servicios en caso de una guerra extranjera.

Al considerar tanta y tanta iniquidad, **llore**... lloré como un chiquillo... y de la **evolución** pasé á la **revolución.**

Me dí exacta cuenta de que un gobierno, tan poderoso para hacer todo aquello, no podía ser derribado sino por la fuerza de las armas.

Compré rifles, los regalé; recomendé el ejercicio del tiro al blanco, conspiré de firme, y en una palabra, al iniciarse el movimiento antirreeleccionista por el patriota Madero, fuí uno de los primeros que corrí á inscribirme.

Y lo hice, convencido de que el país, contra la creencia de muchos, se había desarrollado, **no por Díaz,** sino **á pesar de Díaz,** pues su crecimiento había sido semejante al del árbol al que se argolla jóven, y crece, no por el anillo de hierro, sino á pesar de él.

Cuando pasó el señor Madero por Saltillo, ofrecíle mis servicios, como soldado de la revolución, que yo juzgaba debía hacerse á toda costa, si era que México quería ser un pueblo libre.

Madero me contestó, diciendo que abrigaba grandes esperanzas de que Díaz cumpliera sus promesas.

Yo le contesté que eso era un imposible, y que el único **verbo** salvador era el rifle.

Dije también á Madero que mis viajes por toda la República me permitían asegurar que la palabra **revolución** estaba, desde hacía diez años, escrita en el corazón de todo buen mexicano, aunque en muchos no hubiera subido del corazón al cerebro.

Finalmente, le prometí que al necesitarse soldados, estaría yo allí como uno de ellos.

Otro tanto propuse á D. Venustiano Carranza, durante la época en que el Gobierno Federal atropelló al Congreso de Cohahuila, quitando y poniendo mandatarios como peones en un tablero de ajedrez.''

Al llegar á este punto, el heroico mutilado de Casas Grandes, conmovido por su propio relato, hace alto, y sonriendo amablemente, agrega:

—No, no; lo que sigue podría interpretarse como vanidoso relato de lo que me ha tocado en suerte hacer y que no es ni ha pretendido ser sino el cumplimiento de mi deber.''

A pesar de nuestras reiteradas instancias no conseguimos hacer seguir hablando al simpático y cultísimo interlocutor.

Pretesta infinidad de obligaciones del servicio, pues el diálogo ha transcurrido tren en marcha, durante el viaje triunfal, y menester es que á trueque de saltar por sobre la reconocida modestia del Coronel Hay, reconstruyamos nosotros el resto del interesante cuanto truncado relato.

Fiel á su promesa, Hay, en tiempo oportuno, fué de los primeros en acudir al campo de batalla.

En efecto, el 4 de Diciembre (1911), se dirige á Torreón al objeto de arbitrar recursos propios que poner, con su abnegación acostumbrada, al servicio de la revolución.

Durante su permanencia en aquel punto que se prolongó, más de lo que él hubiese querido y por motivos agenos á su voluntad, recibió amistoso aviso que le valió no ser aprehendido gracias á la rapidez de su huida, saliendo precipitadamente hasta sin equipaje que dejó en el Hotel Francés, dirigiéndose á Gómez Palacios y desde allí á El Paso.

Una vez en relaciones con los agentes revolucionarios de la ciudad fronteriza, brindóse á pasar en seguida á campaña en calidad de simple soldado, solicitando al efecto datos referentes á la posición de las fuerzas para ir á incorporarse á ellas, según su deseo, inmediatamente.

Hallábase, entre los agentes revolucionarios, cierto joven militar retirado quien movido de violenta antipatía hacia Hay, acusóle nada menos que de ser espía federal.

Los vastos conocimientos del ardiente partidario, su ilustración en arte militar, balística, etc., acusaban á tiro de ballesta al **técnico,** y de ahí que la acusación tomara cuerpo, haciendo sufrir lo que es consiguiente al que gratuitamente era objeto de ella.

Gracias á la visita del Coronel Soto, que le reconoció como á uno de los fundadores del Club Antirreeleccionista de México, pudo disiparse la atmósfera creada, tan injustamente, en torno de Hay, con gran satisfacción del señor Abraham González que comenzaba á dispensar gran confianza al recién llegado, vislumbrando sin duda lo que llegaría á hacer dentro de pocos meses.

Recibido ya en el seno de la revolución, como factor apreciable de ella, todavía le costó algún tiempo á Hay poder cumplir el ardiente deseo de verter su generosa sangre por la causa que había abrazado.

El Sr. Abraham González, complacidísimo de sus servicios, reteníalo impidiendo reiteradamente el cumplimiento de tales deseos.

A todo esto habían llegado los verdaderos días amargos de la emigración, dándose el caso curioso de que una vez gastado todo el dinero de aquellos patriotas en armas, municiones, etc. (raro era el día en que no salía alguna expedición) agotados los heroicos recursos del empeño, para satisfacer la más imperiosa de las tristes realidades de la vida, para comer en una palabra, no sumarán Hay y sus compañeros cuarenta y cinco centavos, importe de tres comidas á $0.15 una, la mayor parte de los días.

Si se atiende á que el Sr. Abraham González desembolsaba fuertes sumas para el pago de municiones, el dato reviste verdadera importancia que revela, bien á las claras, el estado de ánimo de los revolucionarios de El Paso.

Y ello ocurría, un día si, y otro también.

Tan cierto que la idea, aunque otra cosa aseguren los espíritus prosaicos, es capaz de rebelarse contra la tiranía del estómago.

El Sr. Salvador Gómez, por ejemplo, iniciador de la rebelión en Jalisco, dejó de fumar—¡oh, heroicidad!—pues que sostenía ante Hay, González y otros, que aquello era realmente una estafa hecha á los que peleaban por la Patria.

Al fin salió, en compañía del Coronel Soto (antiguo jefe federal), Raúl Madero, Guisseppe Garibaldi, Roque González Garza, San Miguel, Eleuterio Hermosillo, Juan Figueroa, (muerto en Bauche) y Salvador Gómez, á campaña, el Coronel Hay.

No parece sino que éste último estuviera predestinado á sufrir los más peregrinos lances, pues ya en su primer salida, en el momento preciso de disponerse á vadear el Bravo, sufre Hay fuerte golpe en el pecho, contra una cerca de alambre, al huir de la caballería americana que vigilaba aquellos contornos.

El río llevaba aquel día tan fuerte corriente, que hacía difícil el vado.

Hay, á pesar del golpazo, se lanza á atravesarle en unión de Garibaldi, Raúl Madero y sus compañeros, excepto Garza, Soto y S. Miguel que... no encontraron el vado.

Una vez en territorio mexicano encontráronse los fugitivos en situación nada airosa; sin armas, sin gúias, ignorando por completo la situación del campamento de Orozco, al que trataban de incorporarse, sin víveres, mojados, hambrientos...

Al observar que no llegaban los rezagados, aumentó la inquietud é incertidumbre de Hay, quien decidió adelantarse, dando grandes gritos de vez en cuando al objeto de ser reconocido por las avanzadas de Orozco.

Al cabo de algunas horas de penosa marcha, el grito, ¡quién vive! seguido del martilleo de un rifle, dió á entender á Hay que el destino había decidido su suerte.

En efecto, dada la relativa proximidad de C. Juárez, lo mismo podía proceder aquel ¡quién vive! de los federales que de alguna gente de Orozco.

Hay respondió bravamente:

—¡Madero! Busco el campamento de Orozco.

Dos sombras, se destacaron cautelosamente de un matorral vecino, y sin dejar, un solo instante de encañonar á Hay, condujéronle á campo traviesa hasta la presencia de Orozco.

Recibiólos éste, friamente y de pésimo humor, anunciándoles que al amanecer levantaba el campo, y con él también el primer sitio de C. Juárez.

A la luz del día pudieron observar Hay y sus compañeros, que el horrible estado de la caballada del jefe rebelde, justificaba aquella medida.

Hombres y caballos, se morían literalmente de hambre.

Como no hubiera llegado todavía el Coronel Soto, nombrado 2o. Jefe de la Zona de Chihuahua, decidióse no seguir á